



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

25 – La parte de Ibrahim

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



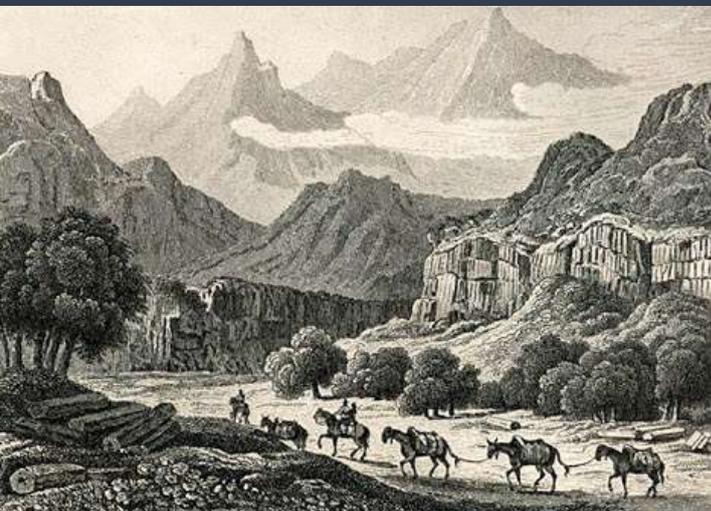
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 25 – La parte de Ibrahim



El sultán permaneció en El-Aflâq hasta que la cebada que había sembrado creció, y pudo hacer que sus caballos pastaran de esa cosecha, tal y como había jurado hacer. Después, reunió todo el botín y los despojos. Encontraron las treintaiséis *jaznehs* guardadas en las cavas de Mangoberto, así como su propio tesoro, que bien podría valorarse en otras tantas *jaznehs*. El-Zâher confiscó todo, pues los soldados no tenían derecho a esos bienes, que pertenecían al Tesoro

Público. Hasta los bienes de Ibrahim fueron a parar al Tesoro de los musulmanes, como legado suyo, y es bien cierto lo que las crónicas dicen de este valiente guerrero, que había gastado, mientras estaba vivo, la mitad de su fortuna por el amor de Dios, y que, después de su muerte, había pedido a El-Zâher que hiciera lo mismo con la otra mitad¹. ¡Ojalá Dios le acoja en Su misericordia!

En cuanto al resto del botín, es decir, los bienes de los habitantes de la ciudad –muebles, ropa, objetos de cobre, baterías de cocina y todo lo demás– fueron puestos a la venta, y los francos de los países vecinos vinieron en tropel para equiparse por poco dinero; porque, los soldados de El-Zâher, que, como a todos los soldados del mundo, no les gustaba llevar demasiado equipaje, no tenían intención de cargar con todos esos cahivaches. Así que, cuando todo se hubo vendido y convertido en dinero contante y sonante, el sultán reunió toda la suma obtenida; cogió el cincuenta por ciento para el Tesoro de los musulmanes, y el resto, lo distribuyó: primero, entre los soldados rasos; luego, a los emires, después a los jefes ismailíes, y, por último, al visir Shâhîn; no guardándose para él más que una parte igual a la de un capitán de los *fidauis*. Pero, ya había terminado de hacer el reparto, cuando se dio cuenta de que Saad no paraba de llorar.

– No hay más divinidad que Dios y Muhammad es Su profeta –repetía una y otra vez.

¹ Este ãsaje, bastante confuso, parece querer corregir una incoherencia del relato: Baïbars, aparentemente, ejecuta las últimas voluntades de Ibrahim mientras éste aún está vivo. Estaríamos tentados de creer -aunque sin ninguna prueba decisiva- que, en una versión primitiva del relato, Ibrahim habría muerto en el puente de Angobar, y que su “resurrección” fue añadida más tarde, lo que habría entrañado algunas contradicciones en la narración.

– ¿Qué tienes, Saad? –le preguntó el sultán.

– Nada, solo estoy proclamando la unicidad del único Ser digno de ello –respondió Saad.

– Por supuesto, y yo también creo en Él. Pero ¿hay alguna razón para que estés llorando e invoques a Dios de esa manera?

– Sí, desde luego, Comendador de los creyentes; ¡lloro por mi pobre hermano Ibrahim! Él, que afrontó tantas pruebas, que combatió a tantos enemigos, y que recibió trescientas sesenta heridas, ¿no merecería que le hubierais reservado su parte, y concederle al menos unas piastras sobre todo este botín, para poder cubrir todas las necesidades durante su convalecencia?

– ¡Por Dios, Saad, qué razón tienes! –reconoció el sultán– Ibrahim se merece eso y mucho más. No hay más divinidad que Dios, y el olvido es propio de los hijos de Adán. Pero, ¿por qué no me lo has dicho antes?

– ¿Y yo qué sé? Se me vino ahora a la cabeza; eso es todo...

– En fin, si Dios quiere, todo irá bien. En cuanto a mí, pues quiero dejar voluntariamente mi parte personal del botín a Ibrahim; pero no puedo disponer de la destinada al Tesoro; pues esa es la de los combatientes por la Fe y la del ejército.

– Y yo –intervino el visir Shâhîn– cedo igualmente mi parte al capitán Ibrahim, ya que de sobra se la ha merecido.

– Yo también, le dejo la mía –añadió Saad.

– ¡También nosotros, y de todo corazón! –dijeron al unísono los capitanes ismailíes.

– ¡Si *hachyi tfauî*¹ plata a Ibrahim da, pues yo también dar! –proclamó el gordo *Qalaûn, contagiado por el entusiasmo. Yo, no importar los dineros y los bienes de este mundo: yo dar mi parte a emir Edamor, ¡*halal zalal ya ho!*

– Y nosotros también, dejamos nuestra parte –remataron los emires, también emocionados.

– *Allah bayyin barakat versin*² –agradeció Edamor–. Acepto vuestro ofrecimiento de todo corazón, y se lo ofrezco todo a Ibrahim, pues fue él quien vino a socorrerme en medio de la batalla del puente, y no me abandonó hasta encontrarse él mismo también fuera de combate, sacrificando su vida por salvar la mía.

Esa decisión no le hizo ninguna gracia a Qalaûn, que detestaba a los *fidauis*, pero ¿cómo iba a oponerse? Así que no pudo hacer otra cosa que aplaudir ruidosamente, disimulando su rabia:

¹ Deformación despectiva de *fidauî*. Qalaûn se expresa por lo general en una horrible jerga cuartelera, formada de un mal árabe mezclada con un peor turco.

² En turco, más o menos: “Que Dios os bendiga”.

– ¡*Hi vallah!* ¡*Ichté* buena idea, *ichté* bien visto! ¡*Hachyi tfawi Ibrahimek* merecer muchas monedas!

De modo que al final, la suma adjudicada a Ibrahim llegó a tres *jaznehs* de oro.

– Dime, visir Shâhîn –continuó el sultán–, ¿a quién vamos a confiar el traslado de esta suma a Ibrahim y que nos traiga noticias suyas?

– Yo creo que su hermano Saad es la mejor elección para eso –le sugirió el visir.

– ¡Ah, de eso nada, muchacho! –protestó Saad– ¡Yo no pienso encargarme de esa tarea!

– ¿Y por qué no, Saad? –se extrañó el rey.

– ¡Qué pregunta! Tres *jaznehs* es algo muy tentador: suponte que me atacan unos bandidos por el camino; o que me roban una o dos bolsas; ¿quién me librerá de las patas de Panza Búfalo? ¡Ah, no! yo le tengo demasiado apego a mi pellejo ¡Ese asunto no me interesa!

El rey se dirigió entonces a los otros ismailíes, que lo rechazaron en bloque.

– Si su propio hermano se ha considerado incapacitado para ese trabajo, menos aún la podríamos llevar nosotros a cabo –afirmaron.

– Bueno, entonces, ¿cuál es la solución? –preguntó el rey al visir.

Lo mejor sería conservar el dinero con nosotros hasta que lleguemos a Hama –propuso el visir–. Si no me equivoco, Ibrahim tiene allí un joven protegido¹, llamado Kamel; de hecho, es el hijo del gobernador de la ciudad, *El-Adel. Podemos dejarle a él las *jaznehs*, y ya se las apañará para entregárselas al capitán Ibrahim: es el más indicado para esa misión.

– En efecto, es la mejor solución –aprobó el rey– A mí me habría gustado ir personalmente a El-Horân a visitar a Ibrahim, pero en ese caso, la mayor parte de los ismailíes se sentirían obligados a acompañarme, y no sería conveniente imponer a Hasan unos gastos tan elevados. Aparte de que no tengo corazón como para ver a nuestro pobre amigo en ese triste estado.

Cuando se hubieron tomado todas las disposiciones, los *fidauis* se despidieron de Su Majestad el rey, montaron en sus cabalgaduras y se fueron a sus ciudadelas por las sendas más directas; solo Saad se quedó junto al sultán. Tiempo después, como los caballos habían recuperado sus fuerzas, el rey también dio la señal de partir, seguido del ejército de Egipto y de los gobernadores de provincias. Naturalmente, Constantino formaba parte del cortejo real, al lado de Edamor; en cuanto a Dukás, les seguía a pie, cargado de cadenas. Cuando llegaron a Bursa, se detuvieron, justo el tiempo de disfrutar de la hospitalidad de

¹ El término árabe, mucho más preciso, designa un tipo de relación social bastante particular, cuyo equivalente aproximado sería el de padrino-ahijado en una sociedad cristiana medieval (exceptuando el asunto del bautismo, claro). Siendo más precisos, se trataría de una especie de “elección de paternidad” creando entre un joven y un adulto los mismos derechos y obligaciones recíprocas que en una paternidad biológica; esta relación, sellada mediante un juramento solemne (el “pasto de Dios”), era muy usada en las corporaciones, en las que se unía al aprendiz con el maestro. El “Baïbars” hace frecuentes alusiones a los numerosos “protegidos” de Ibrahim.

Masud Beg; luego, siguieron, camino de Siria. Pronto llegaron a Alepo, en donde les recibió Îmad El-Dîn Abu-l-Jaysh; después a Hama, en donde el rey y su ejército pasaron tres días, comiendo y durmiendo a expensas de El-Adel. Durante esta parada, el sultán le pidió que le trajera a su hijo Kamel; el joven no tardó en aparecer, y pronunció los votos y cumplidos habituales en el tratamiento a un sultán; que los acogió con amabilidad.

– Dime, Kamel, ¿es verdad que eres el hijo del capitán Ibrahim por el pacto y la alianza? –le preguntó.

– Sí, oh, Comendador de los creyentes; es mi padre por el pacto de Dios.

– Estupendo –aprobó el sultán– Ambos habéis hecho una excelente elección. Y bien, mi querido Kamel, has de saber que tengo que entregarle tres *jaznehs* de oro: yo querría que te encargaras tú en persona de llevárselos hasta El-Horân. Además, deseo que le trasmitas mi amistad y mis saludos, y, de paso, enterarte de su estado; de ese modo, habrás cumplido con tu deber filial hacia el capitán Ibrahim.

– Por mi cabeza y mis ojos –asintió Kamel.

En cuanto Kamel cogió las tres *jaznehs*, reunió a todos sus hombres, cargó el oro en unas mulas, las encadenó unas a otras, y partió para el Horân por la ruta de las ciudadelas. Más adelante hablaremos de este asunto.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.26 – Ibrahim no acaba de curarse